

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA

EL VERMOUTH
DE NICOMEDES

ZARZUELA EN UN ACTO

ORIGINAL DE

DON VICENTE GARCÍA VALERO

música del maestro

DON JERÓNIMO GIMÉNEZ



MADRID
SEVILLA, 14, PRINCIPAL
1885



EL VERMOUTH DE NICOMEDES



EL VERMOUTH DE NICOMEDES

ZARZUELA EN UN ACTO

ORIGINAL DE

D. VICENTE GARCÍA VALERO

música del maestro

D. JERÓNIMO GIMÉNEZ 1854 1923

Representada por primera vez con gran éxito en Madrid,
la noche del 30 de Noviembre de 1885, en el Teatro de
ESLAVA.



MADRID: 1885

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO
DE M. P. MONTOYA Y COMPAÑIA

Caños, 1.

PERSONAJES

ACTORES

MARGARITA.....	}	Srta. Montes (Doña María).
		Sra. Auñón (Doña Pilar).
GERTRUDIS.....	»	Sabater (Doña Amalia).
DON NICOMEDES.....		Sr. Ruiz (Don Julio).
RAFAEL.....	»	Balaguer (Don Juan).

Derecha, é izquierda, las del actor.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, perteneciente á Don Eduardo Hidalgo, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL ILUSTRÍSIMO

SR. D. RAFAEL SARTHOU Y CALVO

GOBERNADOR CIVIL DE CANARIAS


Le suplico, que con la amabilidad que á usted distingue, acepte gustoso la presente obra, sin tener en cuenta el pobre mérito del libro, y sí el buen deseo con que se la ofrece su afectísimo amigo

[S. S.]

García Valero.

Madrid 14 de Diciembre de 1885.

612905



Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

ACTO ÚNICO.

Sala decentemente amueblada, alfombras, consolas con espejos, puertas al foro y laterales en primer término; á la izquierda, en segundo término, aparador pequeño con botellas, copas, etc. En primer término izquierda mesa con periódicos y quinqué encendido; en primero de la derecha brasero pequeño de «copa» con badila. Babuchas.

ESCENA PRIMERA.

GERTRÜDIS.—RAFAEL.

RAF. Esto es intolerable! Me van cansando sus chochees.

GERT. Pero Rafael, reflexione usted que con maña podremos encontrar la manera de que el tío ceda.

RAF. Facilillo es! Por nada del mundo abandona sus costumbres rancias: nació el año veinticuatro y conserva todo el sabor de su época. Mire usted que no permitir me halle fuera de casa á las diez de la noche; y esto en Madrid! Yo lo comprendería muy bueno y santo en un villorrio. Estoy dispuesto á quitarme la careta. Qué puede suceder, que tronemos? Mejor! Tras de la tormenta viene la bonanza, y si no se le pasa, para nada lo necesito, ejerceré mi profesión,

soy abogado; trabajaré lo suficiente para atender á las necesidades de mi casa.

GERT. Perderá usted la herencia.

RAF. Puede que no! Soy el único pariente que le queda, y si me deshereda, no importa, no quiero riquezas á tan alto precio. Cuidado con no poderme casar hasta que él muera.

GERT. Reflexione usted, empleemos la maña antes que la fuerza. Margarita tiene mucha confianza en el plan que ha tramado; espera salir vencedora; para ello sólo há menester el venir á esta casa.

RAF. Qué tal efecto ha producido el retrato?

GERT. Lo dejé en el cuarto de don Nicomedes, y no admite duda que está en su poder; pero nada me ha preguntado.

RAF. Ni á mí tampoco. Oh! El preguntará. Mi tío es un solterón que dice ser enemigo de las mujeres, pero yo no lo creo y le tengo más bien por un hipócrita sutilísimo.

GERT. No se nos olvide que mi hija, para con su tío de usted, se llama Peregrina.

RAF. Quiera Dios que dejemos pronto esta situación, porque he llegado al último grado del sufrimiento y temo estallar. Déme usted las zapatillas; con la prisa de venir antes que mi tío no miraba dónde ponía los piés y me he metido en todos los charcos. Como llueva muchos días como hoy lo ha hecho, nos vamos á convertir en ranas.

GERT. Pues es verdad! Tiene usted los piés calados; aquí están las babuchas; pondré las botas junto al brasero para que se sequen. (Rafael cambia el calzado; Gertrudis coloca las botas junto al brasero, una á la parte del público y la otra al lado contrario, la punta de las botas á la derecha. Campanillazo fuerte en el foro.)

RAF. Llaman. Ahí está mi tío, no se olvide usted de ocultarle que he salido, así podré marcharme otra vez. (Se va por la primera derecha.)

ESCENA II.

DON NICOMEDES, con paraguas, luego GERTRUDIS y RAFAEL

MÚSICA.

NIC. En el mundo el demonio
ganando vá;
en pecado perpétuo
la gente está.
Vaya unas modas
las que llevan ahora
las hembras todas.

El vestido muy corto,
zapato bajo,
y un polisón más grande
que El Dos de Mayo.
Día vendrá,
que en la casa ese bulto
no podrá entrar.

Don Canuto mi amigo,
que es sacristán,
en su casa una noche
me hizo cenar.
De sobre mesa
cantamos villancicos,
bebimos menta.

En casa de otro amigo
fui convidado
y por su misma suegra
me ví obsequiado.
Pero al final,
una danza endiablada
me hizo bailar.
Pues ahora, cielo santo,
Jesús, qué horror,

habaneras se bailan
con gran calor.

Dime, niñita mía,
que me querrás;
dime cuánto me adoras,
dímelo ya.
— Por Dios, que te moderes,
mi dulce bien,
ya te juré que tuya
siempre seré.
La mamá nos observa
y apreciará,
que al bailar no llevamos
bien el compás.
Jesús, Jesús,
Jesús, qué horror.
Piedad, piedad.
No hay salvación.

HABLADO.

- NIC. No vuelvo á salir de casa.
RAF. Pues tío, no creo le haya ido mal; se halla usted con humor de bailar.
NIC. Bailo de coraje!
RAF. Ya! Usted hace coraje para bailar? Otros para conseguirlo hacen batimanes. Y marca usted muy bien el compás.
NIC. Tengo buen oído para la música.
GERT. Don Nicomedes; usted ha bailado habaneras.
NIC. Quién, yo! Jamás! A usted sí que no debe serle extraña la cosa, toda vez que aprecia...
GERT. Recuerdos tristes de mi perdida felicidad. El baile era el embeleso de mi pobrecito Antonio, que esté en gloria. Una polka fué la base de nuestro casamiento.
NIC. Fué una base muy movida. Le conoció usted en algún sarao?
GERT. Sí señor; fuimos pareja toda la noche, y no le dí el sí hasta el cotillón final.
NIC. Cotillón! Baile de diablos.

- GERT. Cómo?
- NIC. Sí señora; en el infierno no bailan otra cosa que cotillones.
- GERT. Jesús!
- NIC. A mi buen amigo Antonio, su esposo de usted, le dió la afición por el baile como á todos los de su época; con qué verdad se bailaba entónces! el que ménos levantaba los piés del suelo media vara
- RAF. Media vara, tío?
- NIC. Sí señor, media vara. Te marcaban una salida en la schotis, que ni movidos por resorte; hacían, tá, tá, tán, tán, tán... (Marcando. Pisa á Rafael.)
- RAF. Ay! que me ha schotizado usted un callo.
- NIC. La moda entónces no exigía calzado estrecho, así que los hombres se mantenían ágiles. Mira, hacían una salida tan brillante en el vals.
- RAF. Va usted á marcar otra vez, tío?
- NIC. La verdadera afición al baile se ha perdido; ahora no es otra cosa que un abrazo prolongado, todo se halla maleado, hasta la raza; ya no hay hombretones, sino séres raquíticos; débiles reflejos del pasado.
- RAF. De eso tiene la culpa el haber ustedes levantado media vara.
- NIC. Nada tiene que ver el baile, mucho las costumbres. La fragilidad nos domina.
- RAF. La fragilidad nos domina; así me gusta, tío, que entone usted el *Yo pecador*.
- NIC. Acaso me santifico! Nada de eso; pero sí debes conocer que soy de los menos débiles.
- GERT. Va siendo tarde. Con permiso de ustedes, dejaré dispuesta la cena y luego veré á mi niña para que vayamos á la misa del gallo. (Mútis foro iz quierda.)
- RAF. Yo, tío, voy á llegarme un rato al café.
- NIC. Procura estar en casa antes de las doce.
- RAF. Bien Voy á vestirme.

ESCENA III.

NICOMEDES, luego GERTRUDIS, foro izquierda.

- NIC. Este sobrino mío es incorregible; anoche le he sorprendido otro billete amoroso de esa Margarita, á quien no conozco, y luego. . esta fotografía que he hallado en mi cuarto! Será de la novia de Rafael? Aun á trueque de que se ponga en duda mi austeridad, confesaré que la chica es bella como una primavera; qué ojillos! Qué carita! Qué!.. Nicomedes, señor don Nicomedes, paréceme que se ablanda usted, y que aunque veas una primavera, no debes olvidar que estás hecho un otoño.
- GERT. Si usted no dispone otra cosa, me marchó á...
- NIC. (Tal vez ésta podrá decirme...) Oiga usted, Gertrudis. Creo no equivocarme al suponerla persona reservada... Mas claro. Usted es persona de la edad en que...
- GERT. De la edad media.
- NIC. Cómo de la edad media!
- GERT. Tengo cincuenta años, medio siglo! Y yo creo que á esto se le llama la edad media.
- NIC. Qué barbaridad! Quiero cerciorarme de que Rafael no puede oírnos. Podemos hablar. Lo que tengo que decirle es muy sencillo: conoce usted esta tarjeta?
- GERT. Mi niña! Qué alegría, creí haberlo perdido en la calle.
- NIC. Su niña de usted?
- GERT. Sí, mi hija.
- NIC. Parece mentira.
- GERT. Qué dice usted!
- NIC. No, digo: es extraño que con la intuición que tengo, no haya adivinado...
- GERT. Dónde lo ha encontrado usted?
- NIC. En mi habitación.
- GERT. Sin duda lo perdí ayer cuando hice la limpieza. Verdad que es muy hermosa?
- NIC. Cierto: no se parece á usted.

- GERT. Don Nicomedes!
NIC. He querido decir, que no se parecerá á usted en lo dócil, en lo buena...
GERT. No lo crea usted; es un ángel, no ha querido usted nunca que se la presentara y...
NIC. Venir aquí! de ningún modo; yo no falto á mis propósitos; en mi casa no entran mujeres.
GERT. Pues diga usted; yo qué soy.
NIC. Usted pertenece á la edad media, según hemos convenido ántes. (Contemplando con satisfacción el retrato.) Diga usted, Gertrudis, esta manchita que observo en la mejilla izquierda, debe ser un descuido del fotógrafo?
GERT. No señor, es un lunarcito.
NIC. Conque un lunarcito?
GERT. Sí, señor; una fresa; tuve ese antojo...
NIC. Pues si se la llega á antojar á usted una sandía, se divierte la muchacha. Lástima que esa pequeña nube se halle en el cielo hermoso de su cara.
GERT. Si la conociera usted... Es tan buena, tan religiosa...
NIC. Ah! Conque es religiosa? En ese caso ya no me haría violencia de que viniera.
GERT. De veras! Puedo traerla mañana?
NIC. Mañana? De ningún modo. (Con mucha acritud.)
GERT. Dispense usted, créf...
NIC. Esta noche puede venir á cenar con nosotros. (Con amabilidad.)
GERT. Sí! Voy al momento por ella, como vivimos tan cerca... estaremos aquí antes de cinco minutos.
NIC. Pero oiga usted.
GERT. Nada, hasta ahora mismo.

ESCENA IV.

NICOMEDES.—Luego RAFAEL, con paraguas, primera derecha.

- NIC. Me parece que he andado muy ligero; me siento emocionado... Nada, que voy á estar hecho un cadete. San Antonio me dé fortaleza para resis-

tir. (Contemplando la fotografía. A la palabra de Rafael lo oculta.)

RAF. Qué hace usted, tío?

NIC. Nada, vas á salir?

RAF. Si usted no dispone lo contrario. (Arreglándose la corbata al espejo.)

NIC. No hombre. Esta noche puedes venir algo más tarde. (Sin darle importancia y ojeando los periódicos que hay en la mesa.)

RAF. Más tarde! Es más de las once...

NIC. Bien, sí; pero con motivo de la solemnidad de esta noche, eres libre para estar en el café hasta la hora que gustes.

RAF. No volveré tarde, usted querrá cenar pronto.

NIC. (Cómo le diría. .. no me atrevo.) Ah! Mira, tendremos un convidado.

RAF. Un convidado?

NIC. A ver si aciertas quién.

RAF. No alcanzo quién pueda ser. Ah! Vamos, su amigo de usted, don Pánfilo?

NIC. Nada de Pánfilo; se trata de una persona que no ha estado nunca aquí.

RAF. Entónces, cómo quiere usted que yo acierte... (Campanillazo en el foro.)

NIC. Es... ya están ahí... corre á abrir.

RAF. Pero quién, tío.

NIC. Abre, abre á escape, ea! valor, no nos dejemos arrebatar por el impulso de las pasiones.

ESCENA V.

NICOMEDES.— GERTRUDIS.—MARGARITA y RAFAEL.

GERT. (En el foro.) Entra hija mía, entra sin temor, aquí se halla don Nicomedes.

MARG. (Con aire tímido y gazmoñería.) Buenas noches, cómo está usted?

NIC. (Es un soll.) Bien, hija, muchas, gracias.

MARG. Le agradezco infinito la honra que me dispensa permitiendo que venga á su casa, y le tendré presente en todas mis oraciones para que el Al-

tísimo se digne otorgarle toda clase de felicidades y le señale un sitio en la gloria entre los bienaventurados.

RAF. Esto es! Vá á pedir para usted una butaca de preferencia.

MARG. Quién es ese caballero?

GERT. El sobrino de don Nicomedes.

MARG. Es joven, verdad?

RAF. Veinte y cinco años, señorita.

MARG. Los jóvenes me dan miedo.

RAF. Por qué?

MARG. Son irreflexivos, se dejan poseer del demonio, y aún hay algunos que hechizan á las mujeres.

NIC. Estoy pasmadol!

GERT. No se lo decía yo?

NIC. Me complace mucho, muchísimo, el que practique usted esas teorías propias de un buen cristiano, que son doblemente meritorias ejercitándolas una muchacha tan bonita como usted, que une á su rostro de clavel, la gentileza de la palmera, la frescura de la rosa...

RAF. Parece usted un jardinero.

NIC. (Déjame hombre.) Y cómo se llama usted?

MARG. Peregrina.

NIC. Hasta el nombre la hace justicia.

RAF. Tío.

NIC. Tú no hables hasta que no te toque.

GERT. Qué te parece de don Nicomedes?

MARG. Es un señor muy devoto y debe ser muy amante del prójimo.

NIC. Eso es verdad; amo al prójimo como á mí mismo...

RAF. Y si es prójima mucho mejor.

NIC. Quieres no ser imprudente?

MARG. Repito que me causa mucho miedo ese señor.

RAF. Señorita, no soy tan feo... para que me tome usted por el coco.

NIC. (No estás tú mal cócora.)

MARG. Ay de las muchachas que fían en las palabras que nos dicen y juran los mancebos! y si no buena prueba lo sucedido á mi amiga Serafina.

NIC. Quién es Serafina?

- GERT. Una muchacha del pueblo.
NIC. Y qué la sucedió?
MARG. Quieren ustedes saberlo? Ay! Me extremezco con sólo pensarlo. Jí, jí, jí!
NIC. Por qué se aflije?
MARG. Lo contaré para que sepan ustedes á dónde llega la maldad de algunos hombres, que olvidándose de Dios, hacen pacto con el demonio.
NIC. Jesucristo nos libre...

MUSICA.

- MARG. Flor de singular belleza
es la hermosa Serafina,
labios que envidia la fresa,
frente tersa y purpurina.
A los pollos les da antojos
su cintura de palmera,
y suspiran por sus ojos
y por su boca hechicera.
De tan hermosa criatura
emana sólo pureza,
y su gracia y donosura
hacen perder la cabeza.
Son sus piés los más pequeños,
son sus manos dos primores,
es la vírgen de los sueños,
es la flor de los amores.
- LOS TRES. Bella muchacha,
raro ejemplar,
muchos golosos
la han de asediar.
- MARG. Escuchadme sin chistar.
LOS TRES. Escuchemos sin chistar.
- MARG. De un mozo llamado Pablo
Serafina se enamora,
y aunque dicen que era el diablo,
no le teme, que le adora.
Es gallardo y atrevido,
en amores es esperto,
y bien pronto ha conocido
que es muy facil su proyecto.
Ella el corazón le entrega

pues por él se despepita,
y sin ver que se la pega
le concede oculta cita.
Mas la niña al fin se entera
que bajo el disfraz de amante
ocultaba un alma fiera
aquel pérfido inconstante.

Pobre niña, cuánto llora.
No hay consuelo á su dolor.

De un hombre así,
libreme Dios,
yo se lo pido
de corazón.

Yo nunca he tenido amores .
con un pollo, qué rubor!
Ni concedo mis favores
de repente, no señor.
Que en la historia peregrina
que he contado pude ver,
lo fácil que se fascina,
en queriendo, á la mujer.
Que en la historia, etc.

TODOS.

HABLADO.

- NIC. Es una historia muy triste.
MARG. Ya ve usted cómo tengo razón en temer.
GERT. Con permiso de ustedes voy por unas frioleras
para la cena. (Se va foro derecha.)
MARG. Adios, madre.
NIC. Hasta despues Gertrudis.
RAF. Tío, he pensado no salir de casa. (Se quita el
gabán.)
NIC. (Condenado!) Lo que quieras.
MARG. Me quitaré la mantilla, si ustedes me lo auto-
rizan. (Se dirige para mirarse al espejo de la con-
sola.)
NIC. Hija, sí, permitido. (Este perillán se queda en

- casa. La muchacha es una perla, vaya una cabeza romana que se ocultaba debajo del manto! Pues y el perfil, valiente oreja! (Dando un salto.) Decía usted...
- MARG. Qué le pasa á usted, tío!
- RAF. A mí? Nada.
- NIC. Ha dicho usted: valiente oreja!
- RAF. Yo! Tienes muy mal oído.
- NIC. No señor; lo ha dicho usted acompañado de un salto.
- RAF. Un salto, claro! Estoy muy nervioso.
- NIC. Le haré una tacita de tila.
- MARG. A mi tío no le sirve la tila; una tacita de *tilín* le sería muy provechosa. Verdad, tío, que nada tan probado para los nervios como el *tilín*... *tilín*...
- RAF. Parece usted una campanilla.
- MARG. Bah! Lo he pensado mejor, me marchó.
- NIC. (Gracias á Dios.)
- RAF. Pobre tío, já! já!... Hasta luego, Peregrina.
- MARG. Vaya usted con Dios.

ESCENA VI.

DICHOS, menos RAFAEL.

- MARG. Celebraría poder evitar el ver á su sobrino.
- NIC. Tanto miedo la infunde á usted.
- MARG. Mucho.
- NIC. Y yo?
- MARG. Todo lo contrario, usted me inspira confianza; á su lado me creo libre de todo peligro; es usted *el gloria in excelsis Deo*.
- NIC. (Me toma por el portal de *Belem*.) Está usted tiritando, acérquese al brasero y entrará usted en calor.
- MARG. Puesto que usted es tan condescendiente, acepto. (Se sientan junto al brasero; Nicomedes á la derecha, Margarita enfrente de él.)
- NIC. (Esta chica me resulta una joya; sin remisión, soy hombre al agua, digo, al brasero.)

- MARG. Luego no cometa usted la imprudencia de que le dé el aire, podría cojer un constipado ó una pulmonía.
- NIC. Lo sentiría, porque los resfriados son del género masculino, y prefiero...
- MARG. Jesús!
- NIC. Estoy por lo femenino.
- MARG. Hola! Le gustan á usted las mujeres?
- NIC. Todas.
- MARG. Qué!
- NIC. Quise decir, que todas no; pero hay algunas tan modositas y tan bellas, que ..
- MARG. Usted ama?
- NIC. A una niña celestial.
- MARG. Y ella lo ignora?
- NIC. Exactamente, porque no me atreveré á revelárselo, teniendo en cuenta la diferencia de edad.
- MARG. Tontería! Pus si está usted hecho un pollo.
- NIC. Sí; un pollo de veinte días en el escaparate.
- MARG. Lo de ménos son los años. Usted, tan bueno, tan dócil, podría ser muy bien el faro salvador de una mujer en condiciones de ser fiel esposa.
- NIC. Yo podría ser un faro con muy poco aceite. (Mira á Margarita y suspira, ésta baja la vista, Nicomedes juega con la badila.) Si me decidiera á pisarla el pié... esta sería una seña bastante expresiva, probemos... ah! ya dí con él; qué piececito tan blando, parece de mazapán. (Pisa la bota que háy en la parte del proscenio, con cuidado de no apartarla del sitio en que se halla colocada. Se repite el juego cuando lo indica el diálogo y cuando el director lo juzgue oportuno.) No se inmuta, repitamos con más expresión; calla, tampoco se dá por entendida, pues yo he de ver...) Se siente usted mal, Peregrina?
- MARG. No señor, estoy perfectamente.
- NIC. (Es posible que no se aperciba! Voy á ser más expresivo.) Le son á usted desagradables mis manifestaciones de cariño?
- MARG. Nada de eso, me gustan mucho, continúe usted.

- NIC. (Ay! que dice que le gustan, que le gustan!)
(Pisando la bota.) Sentiría lastimarla.
- MARG. A mí En qué?
- NIC. En... en... Tiene usted callos?
- MARG. Sí, señor, los pies plagados.
- NIC. (Entonces la he reventado alguno.)
- MARG. Y tiene familia la jóven en quien usted cifra sus aspiraciones?
- NIC. Tiene mamá, una buenísima señora á quien aprecio mucho.
- MARG. Hace usted perfectamente; por la peana se adorará el santo.
- NIC. Eso precisamente estoy haciendo yo; (Pisando la bota indicada.) por la peana, por la peana adoro el santo. (Parece que no comprende, oh! qué idea, voy á pedirla agua, y teniendo su pié apriisionado, sabré...) Peregrina, sería usted tan galante que me trajera un vaso de agua? A la izquierda encontrará la cocina.
- MARG. Voy á escape.

ESCENA VII.

NICOMEDES.—Luégo MARGARITA con un vaso de agua, foro izquierda.

- Horror, qué es esto, Dios mío! La he arrancado la peanal Bestia de mí, es una bota, y sin duda de mi sobrino; he estado haciendo el oso, creía que era su pié... Pues no deja de ser chusco! Adoptaré otro sistema, me la echaré de calavera.
- MARG. Aquí tiene usted el agua.
- NIC. Se me ocurre que podíamos tomar una copita de Bermout, lo tengo excelente.
- MARG. Como usted quicra.
- NIC. Aquí está; (Saca botella y copas y lo coloca en la mesa.) nos estimulará el aptido y haremos debidamente los honores á la cena preparada. Beba usted.
- MARG. Efectivamente, es muy rico.

- NIC. Otra copita. En usted consiste el que yo viva feliz y venturoso.
- MARG. En mí Explíquese usted.
- NIC. Haré decisión antes de empezar lo que he de decirla. (Bebe.)
- MARG. Le va á hacer daño.
- NIC. Oiga usted, Peregrina: no creo cometer un desacierto confesándola que en mi juventud, he cometido toda clase de picardigüelas, y mi carácter, aunque lo reprimo para con mi sobrino, deja de ser lo que parece, pues lo tengo alegre, bullicioso.
- MARG. Lo celebro; ese es mi fuerte.
- NIC. Oh! Felicidad; conqué usted aprueba...
- MARG. Mucho; precisamente yo tengo un carácter muy abierto.
- NIC. Tiene usted carácter abierto?... Yo lo tengo á la intemperie. Voy con otra copita.
- MARG. Por Dios, no beba usted más.
- NIC. Qué! Si esto aclara la vista, desaturde los sentidos, *Limpia; fija y da esplendor*, como dice en los libros de texto.
- MARG. Olvida usted lo que me estaba refiriendo.
- NIC. Quisiera tener la elocuencia de... de...
- MARG. De quién?
- NIC. De sus ojos de usted.
- MARG. Mis ojos.
- NIC. Sí, esos ojos que expresan más que cuatrocientas lenguas eruditas... eso no son ojos, son dos Castellares, ante su expresión sucumbo y... (Dando un traspies.) Caracoles!
- MARG. Se va usted á caer. Está usted malo?
- NIC. No, sino que dicen que el vino se sube á la cabeza y yo creo que se baja á las piernas; pero no importa, la cabeza no vacila; aquí dentro hay un volcán, arde, pero no se quema; digo, no, siente y se atreve á declarar lo que oculta. Sublime Peregrina, sería una temeridad el decirla que la amo. (Se me abrió el cráneo.)
- MARG. Usted! Qué felicidad.
- NIC. Ha dicho, felicidad!
- MARG. Sí, porque yo sabré corresponder á esa pasión.

NIC. Oh! dicha. Medalla de oro al inventor del Bermout!

MÚSICA.

NIC. Repite lo que has dicho
por compasión,
repite que me adoras
cual te amo yo.

MARG. Es cierto que le quiero,
más hay que hablar
y saber de qué modo
me adoraré.

NIC. Oyelo pues,
y verdades tan sólo,
juro diré.

Ni Romeo el desgraciado
en aquel trance cruel
de beberse media copa
llena de betún ó pez,
Ni Marsilla el amoroso,
aquel que junto á Teruel
reventó como un petardo
por su adorada Isabel,
ni Manrique el trovador,
ni el simpar Malek-Adhel,
ni don Quijote, ni Chactas
supieron lo que es querer.
Yo sí que de amor me abraso
y siempre firme seré,
con más firmeza que tienen
los árboles de Aranjuez.

Todo es verdad,
ahora espero me digas
cual me amarás.

MARG.

Yo le amaré con locura,
con verdadero calor,
con la ciega idolatría
que nos dicta el corazón.

Si el amor que jura
es bueno y leal,
sabré con el mío
ese amor pagar,
que si su pechito
respira aguarrás
se derrite el mío
con feroz volcán.

Vaya un marido
que tendré yo
tan regracioso,
tan picarón.

Doña Inés en su convento
siempre fija en su don Juan,
Eloisa con sus cartas,
siendo ya mayor de edad,
doña Safo, que sin corchos
dicen que se echó á nadar,
la *Traviata* arruinada
y tosiendo sin parar,
y *Luchía* despeñada
en aquel rondó final,
no consiguen con sus hechos
el amor mío eclipsar,
que le adoro con el alma
y es tan grande mi pasión
que voy á llenar la Europa
pues no cabe en mi nación.

Vaya un marido
que tendré yo
tan regracioso,
tan picarón,

- y aunque sin gracia,
y aunque sin sal
en nuestra boda
he de bailar.
- NIC. Vaya una 'chica!
no puedo más,
ole! con ole!
voy á bailar.
- NIC. Ay, Peregrina, Peregrina, me haces completa-
mente dichoso.
- MARG. Y usted á mí.
- NIC. Mira, apéame el tratamiento.
- MARG. No me atrevo; ha sido tan de repente...
- NIC. Es cierto: nos ha inundado un torrente de fe-
licidad.
- MARG. Que al torrente no se sucedan las tempes-
tades.
- NIC. Cá! Si en nuestros dominios no se ha de poner
el sol.
- MARG. En cuanto vuelva mi madre hay que partici-
párselo.
- NIC. Descuida, que yo me encargo de la peana.
Dime, no te arrepentirás?
- MARG. Nunca.
- NIC. Soy viejo, y luégo mi facha...
- MARG. Porque eres muy descuidado; mira, yo te anu-
daré la corbata, te haré un lazo que respire
coquetería.
- NIC. Mira, que no respire muy fuerte... Siento es-
calofríos, qué dedos tan suaves y tan... (Quiere
besarla la mano.)
- MARG. Atrevido!
- NIC. Perdona, no sé lo que hago, estoy hecho un
Tenorio; Zorrilla tendrá que reformar el suyo.
- MARG. Desecha las preocupaciones.
- NIC. Desechadas. Pero imagínate si me viera mi
sobrino...
- MARG. Ah! Y qué hacemos de tu sobrino? Va á vivir
con nosotros?
- NIC. Claro.
- MARG. Eso sí que no.

- NIC. Y qué remedio...
- MARG. Casarlo.
- NIC. Tienes razón. Y á propósito, tiene novia. Una tal Margarita...
- MARG. Es muy conveniente que se case.
- NIC. Sí que es conveniente.
- MARG. Siéntate y escribe.
- NIC. Escribir? (Se sienta junto á la mesa.)
- MARG. Lo que te dicte.
- NIC. Tú dirás.
- MARG. Es mi voluntad que mi sobrino contraiga matrimonio, y á toda prisa.
- NIC. Prisa, con quien le dé la gana.
- MARG. Con quien le dé la gana! No señor, con Margarita ha de ser, y con nadie más.
- NIC. Y á tí qué te importa.
- MARG. Mucho! Quieres que la pobre chica haya perdido el tiempo.
- NIC. Tienes razón. Eres un ángel. Con Margarita...
- MARG. Y le señalo la renta de... la que quieras.
- NIC. Veinticuatro mil reales.
- MARG. Firma.
- NIC. Firmo.
- MARG. Dame ese papel.
- NIC. Dudas de mí? Yo se lo entregaré.
- MARG. Oh! No, pudieras arrepentirte.
- NIC. Tómalo, y en pago á mi ternura y mansedumbre permítame que bese esa mano que muy en breve ha de ser mía.
- MARG. Lo permito por esta vez.
- NIC. Ah! Gracias, Peregrina mía. (Se arrodilla y la besa la mano.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS.—RAFAEL y GERTRUDIS, foro derecha; Gertrudis con mantilla.

- GERT. Qué veo!
- RAF. Tíol
- MARG. Ay!
- NIC. (La osadía me salve.)

- GERT. Don Nicomedes, querrá usted explicarme su conducta? (Fingiendo incomodarse.)
- NIC. Nada más sencillo; yo amo á Peregrina, ella me corresponde y deseo hacerla mi esposa.
- GERT. Tú qué dices, hija.
- MARG. Don Nicomedes dice verdad.
- GERT. Siendo así... Pero me sorprende...
- RAF. Convengo en que usted se case; pero y yo?
- MARG. Lea usted ese papel y sabrá la voluntad de su tío. Y mucho cuidadito en desobedecerla.
- NIC. (Con exajerado tono de autoridad.) Eso! Mucho cuidadito con desobedecerme. Ahora verá usted, Gertrudis, la que, entre Peregrina y yo, le hemos fraguado.
- RAF. (Después de haber leído.) Gracias, querido tío, por fin voy á realizar mis dulces ensueños.
- NIC. Cuanto antes mejor.
- RAF. Antes de un segundo me verá usted caer á sus plantas juntamente con mi adorada Margarita, exclamando:
- RAF. {
- MRAG. } Perdón, perdón, querido tío. (Arrodillándose)
- NIC. Ah! infame! pillo, ya lo comprendo todo; me habeis tendido un infame lazo! (Quiere pegar á Rafael, éste le huye y Gertrudis se interpone.)
- GERT. Tranquílcese, don Nicomedes.
- NIC. Y usted, señora, también me ha engañado: es usted un kaimán con enaguas.
- RAF. Vamos, tío, con esto gana usted, pues al acendrado cariño que le profeso, se aumenta el de Margarita, el de su madre, y qué sabemos cuantos más!
- NIC. Y qué sabemos cuántos más, zalamero! Como no suceda así has de acordarte de tu tío.
- MARG. Luego nos perdona usted?
- NIC. Estais perdonados. Yo, que estaba decidido á casarme...
- RAF. Una proposición. Cásese usted con Gertrudis; aún está frescota, será un enlace de conveniencia.
- NIC. Truhán, quieres no meter más líos... (Abrazando á Gertrudis.)

- RAF. Yo lo decía por constituir una verdadera familia.
- NIC. Hablaremos de sobremesa, y una vez que caí en vuestro garlito, voy á ver si escapo de un disgusto mucho mayor.
- MARG. Yo me encargo.

MÚSICA.

- MARG. (Al público.)
En tan crítico momento,
pido yo con humildad
que nos des tu asentimiento
como muestra de bondad;
no me causes amargura
con negarme este favor,
que es muy grande la pavora
que está pasando el autor.
- TODOS. Que es muy grande la pavora
del autor.

FIN DE LA ZARZUELA.



PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá; de *D. Manuel Rosado*, y de los *Sres. Córdoba y C.^ª*, Puerta del Sol; le *D. Saturnino Calleja*, calle de la Paz, y de los *señores Simon y C.^ª*, calle de las Infantas.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

EXTRANJERO.

FRANCIA: Librería española de *E. Denné*, 15, rue Monsigni, PARÍS. PORTUGAL: *D. Juan M. Vallé*, Praça de D. Pedro, LISBOA y *D. Joaquin Duarte de Mattos Junior*, rua do Bomjardin, PORTO. ITALIA: *Cav. G. Lamperti*, Via Ugo Foscolo, 5, MILAN.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.